

XI

Tan llena de espanto entró la maestra en su casa, que ni siquiera pensó un momento en denunciar el hecho á la autoridad, y luego que pudo rehacerse un poco, ante el pensamiento de haber salido con bien de aquel encuentro, sin otras consecuencias que un susto horrible, parecióle, en primer lugar, deber dar las gracias á Dios por su buena suerte.

Decidió pues no salir por la noche más que acompañada; y trató á la vez de fortalecer su ánimo pensando que no se atrevería ya á afrontarla segunda vez de aquella manera, que su terror y el llanto habían quizá despertado en él alguna piedad, ó, ya que no otra cosa, habían sido bastante para satisfacer su rencor.

Y en efecto, notó en él algún cambio en la clase de aquella noche: no provocó desórdenes, no hizo mofa de nada.

Pero así y todo, algo notó en su apostura que le hizo desear no hubiese habido tal cambio; parecía como si hubiera vuelto á los pensamientos de un principio, cuando aún no había comenzado á atormentarla, y que en esta actitud se mostrase más encañado y resuelto que entonces. Su mirada no corría de arriba á abajo su persona con aquella expresión de curiosidad sensual é insolente; y lejos, sin embargo, de expresar benevolencia, parecía revelar un odio que antes no tenía. Él la miraba y pensaba, royéndose las uñas. Parecía maquinarse algo, una serie de cosas, con la contrariedad de no dar con ninguna que le satisficiera. Así continuó varias noches, cada vez más caviloso y sombrío. Se le hacía intolerable á la maestra por su aspecto. Hubiera querido algunas veces dirigirse á él valerosamente, interrogarle, mandarle que se expresase, suplicárselo tal vez, para librarse de la opresión de aquella perpetua amenaza muda, pues cualquiera que fuese el motivo de la amenaza parecíale menos malo que lo que confusamente cruzaba por su imaginación.

En ciertos momentos en que se encontraba sola razonando consigo misma, procuraba inquirir sus pensamientos con la sola

ayuda del escaso y vago conocimiento que de espíritus de su índole tenía de segunda mano. Así, por ejemplo, él debía al mismo tiempo desearla por mera brutalidad como á cualquiera otra, y odiarla por la aversión que ella le demostraba; debía odiar en ella la clase señorial, á la cual creía que perteneciera, y de cuyo aborrecimiento por los jóvenes de su clase era ella ciertamente la expresión más viva y patente que hubiese visto; debía desear vengarse de aquel aborrecimiento haciéndola escarnio y violencia, y ser excitado á este deseo por el mismo miedo que ella sentía, que le soliviantaba el orgullo de la perversidad y de la altanería; debía estar atormentado por una curiosidad feroz de ver cómo se defendería, cómo suplicaría y pediría perdón, de oír sus gritos, sus sollozos, de presenciar sus sufrimientos horribles cuando se encontrara bajo su poder. Debía juntamente desearla é insultarla en el fondo de su alma, tratar de deshonrarla ante sus mismos ojos, dándole los nombres más repugnantes de su horrendo lenguaje, gozar con la idea de golpearla y envilecerla en presencia de todos. Esto es lo que decían sus ojos aviesos que á veces despedían fuego como los de una fiera, y el

modo como sorbía de vez en cuando el aire aquella boca sin labios, como si tratase de contener una explosión injuriosa — creía ella, — de despecho y de rabia.

Acongojada por este pensamiento, pronto lo echaba de sí, para volver sin embargo á él bien á pesar suyo.



XII

Como los muchachos no se veían ya azuzados por él, se portaron algo mejor durante algunas lecciones. La piedra de escándalo era siempre el mismo, Maggia el pequeño. Una noche tuvo la maestra que arrojarle de la escuela porque había puesto una cuerda atravesada en el espacio libre de la clase por donde los muchachos que salían á la pizarra tenían que pasar, y uno de ellos tropezó y dando trompicones fué á caer malamente al suelo. Los mayores seguían sin molestarla para nada, á no ser cuando se irritaban por las bromas de los pequeños, al equivocarse en la lectura y en la escritura, temiendo la maestra que les golpeasen fuera de la clase. El gordo de Maggia seguía estudiando con la obstinación de un mulo.

Los pastores siempre aplicados.

Con Lamagna tuvo una vez que discutir; pero, por lo demás, nunca la faltaba al res-

peto: únicamente quería hacerle comprender que no reconocía en ella superioridad social alguna, que la consideraba, por ejemplo, como una mujer del pueblo igual á él, que en vez de despachar mercancías detrás de un mostrador, despachaba conocimientos detrás de una mesa.

Causóle á la maestra no poca maravilla una idea que él expresaba en un trabajo de composición sobre el *trabajo recompensado por la conciencia*: á su modo, él había querido decir que en la sociedad, según la justicia, el que tenga más talento que otro no debe por esto ganar más, sino al contrario, ganar menos, porque la inteligencia facilita el trabajo y pide menos gasto de fuerzas. La maestra, comprendiendo, sin embargo, que no debía ser esta idea producto espontáneo de su cabeza, le hizo de buena manera algunas observaciones, á las cuales él contestó con sequedad:

—Esta es mi manera de pensar.

Y no hubo más. Llegó, pues, á creer la maestra que había comenzado un periodo de quietud duradero. Y poco á poco, según iba la clase tomando familiaridad con ella, notaba, especialmente entre los mayores, una transformación. Parecía que de día en día

sentían el influjo del sexo, y que este influjo fuera infiltrándose de los más jóvenes á los más viejos. Comenzaba á sorprender en las miradas fijeza prolongada unas veces, otras, ráfagas de simpatía, muestras de respeto y de solicitud, en las que se comprendía bien la intención de cautivarse su benevolencia, y también resplandores de pensamientos amorosos ó llenos de deseos, que algunos se comunicaban al oído haciendo guiños.

En alguno de los mayores observó el manifiesto propósito de caerle en gracia, fingiendo que prestaban una profunda atención, haciendo movimientos con la cabeza para demostrar asentimiento á sus palabras, cumpliendo sus trabajos con gran diligencia; varios venían á pedirle explicaciones, sin saber bien lo que querían; muchos, que en un principio la habían mirado con indiferencia, la miraban ahora de pies á cabeza, deteniendo sus ojos para contemplar todas las partes de su figura, como el que toma medidas para un vestido; otros, de los más entrados en años, adoptaban una actitud de benigna protección, desaprobando ostensiblemente á los perturbadores. Y en su semblante veía ella pasar como un resplandor

al hacer ciertas inflexiones de voz, y adivinaba, más bien que veía en ellos, algo de insólito, un movimiento, casi la sacudida de un pensamiento repentinamente formado cuando se acercaba al banco para examinar la escritura.

Y todos estos indicios la inquietaban extraordinariamente; titubeaba al cruzar la clase, tenía que medir los gestos y las actitudes; vacilaba con una timidez infantil si tenía que alabar á alguno, ó que pronunciar ciertas frases que pudiesen presentar un doble sentido, ó que leer ciertos pasajes del libro que requerían una cierta entonación afectuosa. Y no por eso en aquella misma expresión de pensamientos y de deseos que la turbaban, dejaba de ver en muchos de ellos relampaguear buenas cualidades de ánimo, ciertas delicadezas que jamás se hubiera imaginado, una confusión lenta é indescifrable de sentimientos nobles, escondidos habitualmente por la rusticidad de maneras, por el uso del lenguaje grosero, por una vulgaridad más bien querida que natural.

Los incorregibles eran la mayoría de los muchachos, y Muroli, el único de los mayores por quien sentía repugnancia invencible.

Esta repugnancia aumentó á causa del siguiente hecho: en la tarde de un domingo llegó hasta sus oídos, estando en su habitación, el ruido de gritos lejanos que salían de la taberna de *La Gallina*. Corrió á la ventana y vió una multitud en el fondo del camino: era una riña. De aquella masa negruzca se destacó un hombre, como una sombra, y tomó por el camino con la rapidez de una flecha; otro se lanzó en su persecución. Cuando el primero pasó por delante de la escuela, la maestra oyó un grito agudísimo:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Y resonó en lo profundo de su alma: el hombre dió la vuelta á la Iglesia, y el otro, como un rayo seguía sus pasos. El portero, que presenciaba todo desde la puerta, reconoció en el perseguidor á *Saltaventanas*. La muchacha se quedó sobresaltada esperando la noticia de un delito. No ocurrió nada; el perseguido no había sido alcanzado.

Pero aquel ¡socorro! en el cual ella había oído el desesperado terror de la muerte, le dejó en el alma un nuevo y violento horror hacia su enemigo.



XIII

Aún le duraba una impresión muy viva de este hecho, cuando al día siguiente, atravesando el campo cubierto de nieve que hay detrás de la escuela, para ir al pueblo á hacer compras, mientras estaba pensando precisamente que era imposible que Muroni la detuviera en un sitio así en pleno día, á pocos pasos de las casas, le vió venir á su encuentro desde el ángulo opuesto del campo. Aterrorizada, miró en derredor; no vió más que un grupo de niños que estaban resbalando en el hielo á lo largo del camino, á cien pasos de distancia.

No era tiempo de volver pies atrás, sino echando á correr; mas le pareció una bajeza deshonrosa. Poseída entonces de un valor desesperado, originado del exceso de miedo, se fué derecha á él, con pasos vacilantes pero con la cabeza alta.

Debían encontrarse en el estrecho sendero trazado en la nieve.

A tres pasos de distancia uno de otro se detuvieron ambos. Él se quitó la pipa de la boca y se la guardó en un bolsillo de la chaqueta tapándola con el dedo pulgar, y se quedó mirándola con una sonrisa que hizo estremecerse á la pobre. Parecía buscar él una frase que le sirviese de introducción.

La maestra se sintió arrastrada por la indignación.

—¿Qué es lo que pretende? ¿Por qué me detiene? ¿Qué le he hecho yo?

El joven miró rápidamente en derredor del campo y ella temió ser objeto de una violencia.

—¿Por qué no me respeta?—gritó con voz ahogada por el llanto, dando un paso atrás.

Y después de una pausa, añadió:

—¿Por qué ofende á una mujer que no se puede vengar?... ¡Respete al menos la memoria de mi padre!... ¡Yo soy hija de un soldado muerto en el campo de batalla!...

En aquel punto, bajo la expresión del desdén altanero y de la santa memoria invocada, desapareció de su contraído y lloroso semblante el terror.

El joven Muroñi la miró atentamente: lue-

go dijo en voz baja, con un tono que parecía tranquilísimo:

—No quiero causarle ningún daño.

Aquella respuesta disminuyó en ella el miedo y sus lágrimas brotaron. Él seguía mirándola como anonadado.

—¡No quiero que me detengan!—dijo la maestra.

—Yo no la he detenido—repuso él, mirando alrededor.

—¡En ese caso déjeme pasar!

El joven se apartó á un lado, y mientras ella pasaba, con acento más bien de queja que de rencor, dijo bajo, como para sí.

—¡No soy un asesino!

Temiendo que el silencio le pudiera parecer una injuria, ella se volvió, y con una voz todavía trémula por el llanto, y que, á pesar suyo, tenía un tono casi suplicante:

—¡No...—dijo,—pero no me vuelva usted á detener!

Y al decir esto fué sorprendida de no encontrarse con su mirada, que la apartó. Continuó su camino de prisa y cuando llegó al otro lado del campo involuntariamente se volvió. En aquel mismo momento volvía las espaldas Muroñi. No se había movido hasta entonces de aquel sitio.

XIV

En suma, volvió á casa amedrentada aún y temblorosa, pero algo reanimada á su vez por la conciencia de una victoria; y todavía más por el pensamiento de haber mostrado un valor de que no se creía capaz. El hecho de que él hubiese evitado su mirada, al volverse, en un principio parecíale una señal de comedimiento y de vergüenza, que daba esperanza para el porvenir; y se acordó de los Gavallo que decían que para tratar al pueblo se necesita ardimiento y energía; y de las ideas de la maestra Baroffi, según la cual, bastaba una palabra noble y apasionada para abrir los corazones más duros. Pero pronto desechó estas ilusiones pensando en el horrendo pasado del joven, en su crueldad para con la madre, en su cinismo depravado, en aquel inolvidable grito de *socorro* de aquel desgraciado, que siendo perseguido por él, sentía que le pisaba los talones la muerte, y

ya no vió en la actitud de poco antes más que el temor de una resistencia vigorosa de parte de ella que hubiera dado lugar á una lucha y á que la gente acudiese. No por esto dejó de ir aquella noche á dar la clase con mayor curiosidad que temor por ver cómo se presentaba.

Su manera de presentarse fué, en efecto, nueva; pero precisamente como ella se imaginaba.

No daba ya muestras de odio, ni parecía fraguar miserables propósitos; mostraba, como si la viera por vez primera, una cierta curiosidad atenta, en que aparecía quebrantado el resentimiento de su orgullo por la repugnancia que ella le manifestaba. Y si ella hubiese podido penetrar con el pensamiento en su cerebro, hubiera descubierto que su indignación de hacía pocas horas, su llanto ahogado, su altanera invocación de la memoria de su padre, eran las que le habían hecho cambiar de aquel modo. No porque su aspecto y sus palabras le hubieran llegado al alma; sino porque habían sido para él una cosa nueva, una revelación de sentimientos y de fuerzas desconocidas, que nunca había visto, ni siquiera imaginado en el alma de una mujer.

Él la miraba con cierta curiosidad como á una criatura enteramente distinta de lo que se había figurado y obscura en parte para su inteligencia; la miraba como si comprendiera por vez primera, que bajo las razones que ella tenía para sentir aquella aversión y que él podía explicarse, existiese una más profunda, más delicada, más fuerte, más hondamente arraigada en el alma y que él no lograba alcanzar. Aparte de que él también, si bien más tarde que los otros, comenzaba á sentir el influjo de su presencia, ó mejor aún, de la compañía de aquella mujer, tan distinta por su aspecto, por su alma y por sus maneras, de todas las mujeres que él había conocido hasta entonces.

A las señoras tan sólo las había visto pasar por las calles, y nunca tuvo ocasión de experimentar por cuenta propia, si eran diferentes del concepto que él y sus iguales, según la indole de cada cual, se habían formado: que es lo mismo que decir, criaturas entre las cuales y las que ellos frecuentan no existe otra diferencia que la del vestido y las maneras; y que si alguna pudiera existir, había de ser en las primeras una perversión más refinada, una, si bien escondida, más desvergonzada corrupción

del alma y de la carne, producida por la molición y la facilidad mayor de la vida.

La que tenía delante modificaba, sin embargo, algo sus ideas.

Era la primera señora que Muroni veía de cerca y á sus anchas todas las noches; la primera que conversaba con él frecuentemente y que, en cierto modo, se cuidaba de él; la primera de quien, por decirlo así, respiraba el ambiente y sentía el calor, pudiendo notar á su talante, como en su casa, durante dos horas largas todos los días, sus actitudes, sus gestos, sus más pequeños movimientos y todas sus inflexiones de voz.

Comenzó á notar todo esto apenas el aplacado orgullo le dejó libre la facultad de la observación; todo le parecía nuevo, empezaba á vislumbrar que toda aquella donosura no era solamente barniz ó artificio de educación, como antes pensaba.

Era á sus ojos una criatura de una nueva especie.

No obstante su salvaje orgullo, producido, como el de los escasos compañeros de su temple, de una indeterminada ambición, y de una conciencia confusa de facultades no comunes, sofocadas por la pobreza y la ignorancia, principiaba vagamente á reconocer

algo superior á sí, que le humillaba sin exacerbarlo.

Formó decidido propósito de seguir atentamente con la vista y con el pensamiento, todos sus actos y expresiones del semblante; los acentos, buscando el por qué del efecto que en él producían, como se busca *lo que quiere decir* una música, y pocas veces le ocurría reobrar contra aquel efecto con la burla, cayendo en la habitual sospecha de un arte finísimo de coquetería; pero no podía durar por mucho tiempo esta sospecha.

Trataba de reaccionar sobre sí mismo, representándose en la mente imágenes obscenas, poniendo su figura en lugares y escenas vivas en su memoria, entre las cuales apareciera ella como transformada y teñida de sucio color, buscando con la fantasía todo lo que pudiera haber en ella de más distante de su naturaleza propia, los pensamientos más ocultos, debilidades, aberraciones, vergüenzas.

Mas por mucho que hiciera, su imagen acababa por levantarse sobre la sombra y el fango en que se esforzaba por sumergirla, y se le representaba siempre así, tal como aparecía detrás de aquella mesa, con su frente blanca y pura, con aquella gracia infantil,

con aquella timidez llena de dignidad, con aquel no sé qué de extraño y subyugante, cuya esencia verdadera no podía comprender, y que juntamente le agradaba y le ponía airado, le maravillaba, le envilecía, le amansaba, le hacía á la salida vomitar blasfemias más gruesas y obscenidades más brutales, como para avivar las fuerzas de su naturaleza contra la molicie y blandura que sentía penetrar en sus venas.

